

SOPA DE LIBROS



Daniel Nesquens

Dieciséis cuentos y tres tigres

Ilustraciones
de Emilio Urberuaga



ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Daniel Nesquens, 2020
© De las ilustraciones: Emilio Urberuaga, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2020

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-6649-8
Depósito legal: M-3230-2020
Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

SOPA DE LIBROS

Daniel Nesquens

Dieciséis cuentos y tres tigres

Ilustraciones
de Emilio Urberuaga

ANAYA



A todos/as quienes leyeron
mi primer libro:
Diecisiete cuentos y dos pingüinos.
DANIEL NESQUENS

A Fede, Fidel y Carlos Enrique
por el magnífico principio.
EMILIO URBERUAGA

TRES TIGRES EN UN TRIGAL

Era un día claro y despejado. Si mirabas al cielo no se veía ninguna nube. Solo un azul intenso más propio del mar Caribe.

Los tigres, tranquilos, despreocupados, comían trigo en un trigal. No se podía decir que estuvieran tristes. Estaban hambrientos. Bueno, ya no tanto. Se comían las espigas, el tallo, las hojas... Todo para adentro. Por supuesto que eran carnívoros, depredadores y un poco vegetarianos.

—Uno de nosotros cuatro debería vigilar —dijo uno de ellos, el que parecía tener más rayas negras.

—¿Cuatro? Qué risa. Ya veo que no sabes contar. Somos cinco —aseguró el de bigotes más largos.

—Es verdad, no sé contar. Tampoco sé los nombres de los planetas, ni cuando un número es primo o sobrino. Pero sé que uno de nosotros debería vigilar —observó.

—Ja, qué risa. Ni somos cuatro, ni cinco. Somos dos. Tú y yo —rió el que hasta entonces había estado callado.

—¿Y yo?

—Tú ¿qué?

—Que yo también estoy.

—Entonces somos seis. O siete.

—Bueno, da igual cuántos seamos. El caso es que alguien debería vigilar por si viene el dueño del trigal —dijo con aire preocupado el tigre que había hablado primero.

Pero ya era tarde. Una figura emergió por sorpresa. Era un tipo robusto, con aspecto de oso ruso que llevaba varios días sin probar bocado, con la piel tostada por el sol, con un bigote para dar y tomar. Vestía un pantalón de faena y una camisa de franela con un bolsillo cosido en el costado izquierdo.

Los tigres se giraron sorprendidos. Los habían pillado con las garras en la masa.

—Eh, ustedes tres. ¿Qué hacen comiendo trigo en mi trugal? —les gritó el dueño.

Los tigres intentaron dar un paso, pero era como si estuvieran clavados al suelo. Se miraron entre ellos, como no entendiendo nada, como si estuviesen dormidos. El tipo aquel tuvo que volver a preguntar.

—Ustedes tres. ¿Qué hacen comiendo trigo en mi trugal?

Los tigres parecieron despertar del sueño.

—¿Treees? —respondieron los tres al unísono.

—Sí, tres. Uno, dos y tres —insistió el recién llegado.

—¿Tres? Qué curioso.

—Sí, qué cosas.

—Yo hubiera dichos que éramos más.

—Yo menos.





